

AL HILO DE LA TEORÍA DE BÜHLER SOBRE EL CAMPO MOSTRATIVO

En su clásico *Teoría del lenguaje*¹, el psicólogo austriaco Karl Bühler distingue, como una necesidad fenomenológica del análisis del lenguaje, un tipo de signos cuya precisión significativa proviene de su capacidad para señalar o indicar alguna cosa, de manera muy semejante a lo que hacen el dedo índice de la mano, la dirección de la vista, o la orientación de la cabeza; tales signos forman el *campo mostrativo* del lenguaje (t. II, p. 139), y se diferencian de aquellos que "reciben su impleción y precisión significativa específica en el entorno sinsemántico" (p. 140) para formar el *campo simbólico* del lenguaje. Es decir, signos como los del español *aquí, yo, ahora*, solamente significan en relación con la indicación que nos ofrecen acerca de la posición en el espacio, el carácter de enunciador de una acción verbal y el momento en que ésta se realiza; a cada cambio de lugar del enunciante; a cada cambio de enunciador y a cada momento diferente de realización de una acción verbal, su significado varía: varía porque son señales de posición, de persona y de momento; no están atados a objetos o a acciones específicas, deslindables de la acción verbal. Acostumbramos llamar a los signos del campo mostrativo ya sea *demonstrativos*, ya sea *deícticos*.

Bühler distingue tres modos de manifestación de la deixis: la *demonstratio ad oculos*, la anáfora y la deixis en

¹ Cito de la traducción de Julián Marías, 3ª ed., Madrid, Revista de Occidente, 1967 [1ª ed. alemana, Jena, 1934].

fantasma. La primera es la que realizamos durante la acción verbal, en la cual hablante, oyente y otras personas participantes en la acción establecen, por así decirlo, sus coordenadas locativas, personales y temporales (*aquí, yo, ahora*); la segunda se produce cuando "el contexto de un decir, que se va haciendo, se eleva él mismo a campo demostrativo"; por ejemplo, *como dije antes, como se verá más adelante*, etc. (§ 8, p. 198); la tercera es aquella que se establece en plenitud en el relato o en el texto, cuando crea localizaciones en la fantasía, como las que se producen en los cuentos infantiles (§ 8, pp. 195-219): "Había una vez una ciudad que tenía cuatro puertas, que miraban al mar, al llano, a la montaña y al río...".

A partir de datos que Bühler pudo conocer acerca del indoeuropeo, tomados de las grandes obras de los "Jóvenes gramáticos" o "neogramáticos" (como los bautizó Ascoli) Karl Brügmann², Delbrück³ y Peter Wegener⁴, sostiene la interesante afirmación de que la deixis locativa es históricamente anterior a la deixis personal, al grado de que ésta deriva de aquélla: "La raíz **to-* domina en el campo de la primera forma indicativa de Brügmann [la *Der-deixis* o *este-deixis*, es decir, la mostración de lo cercano o próximo al hablante], la raíz **ko-* domina en el campo de la segunda [la *hic-deixis*, o lugar del yo]", por lo que "los sufijos personales en el verbo y los personales aislados como *yo* y *tú* se han desprendido", el primero, de **ko-* y el segundo de **to-* (§ 7.2, p. 177)⁵; es

² De su obra *Die Demonstrativpronomina der indogermanischen Sprachen*, Abhandlungen der sächsischen Gesellschaft der Wissenschaften, 22 (1904).

³ *Grundriss der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen*, t. II, 2ª parte, 2ª ed. (1911), pp. 307 y ss.

⁴ *Untersuchungen über die Grundfragen des Sprachlebens*, pp. 19 y ss. (Bühler no ofrece más información acerca de esta obra).

⁵ Y agrega en otro lugar: "Por lo que se refiere a las palabras para el 'tú', en la mayoría de las ramas lingüísticas indoeuropeas proceden, como saben Brügmann y con él todos los demás especia-

decir que los pronombres personales derivan, en indoeuropeo, de los demostrativos de posición. Cuándo habrá ocurrido esa derivación y por qué motivos, me temo que es algo que quedará para siempre en la oscuridad de la historia, puesto que no hay registros tan antiguos ni del supuesto indoeuropeo, ni de ninguna de las lenguas indoeuropeas originarias, como el latín o el griego. Pero sí se puede agregar al margen el dato, bien conocido por nosotros, de que el pronombre de tercera persona en español deriva también de un locativo latino *ille*, en un momento tan tardío como el siglo XIII, motivado por el hecho de que “el latín no tenía pronombre especial para la tercera persona; cuando necesitaba de él, empleaba cualquiera de los demostrativos”, como explica Ramón Menéndez Pidal en su *Manual de gramática histórica*, § 93.3, p. 251)⁶.

Émile Benveniste⁷, quizá el más destacado indoeuropeísta del siglo XX, dejó una serie de estudios que se han venido convirtiendo en piedra de toque de buena parte de los que tratan la cuestión de la deixis. En ellos las dos ideas principales son: a) que hay una diferencia fun-

listas, de la raíz *to-* o de la raíz *so-*, exactamente igual que el grupo de los demostrativos deícticos del ‘este’” (§ 6.4, p. 156).

⁶ Cito de la 11ª edición, Madrid, Espasa Calpe, 1962 (1ª ed., 1903).

⁷ En “Estructura de las relaciones de persona en el verbo”, pp. 161-171 (el artículo original en francés apareció en el *Bulletin de la Société de Linguistique*, 43, 1 [1946]); “La naturaleza de los pronombres”, pp. 172-178, y en “De la subjetividad en el lenguaje”, pp. 179-187 (ambos en francés, en *For Roman Jakobson*, La Haya, Mouton, 1956), todos reunidos en: *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI, 1971; cito de la 8ª ed. (1979). Un comentario de carácter histórico: Benveniste no cita el libro de Bühler, a pesar de haber sido un libro tan importante en su época, y precisamente por tratar la deixis en relación con el indoeuropeo. No es probable que Benveniste no leyera alemán —todo lo contrario—; quizá fue la época y la guerra la que impidió que Benveniste conociera la obra de Bühler. Hay que agregar que la única lengua a la que se tradujo el texto de Bühler relativamente pronto, 1950, fue el español. Al inglés se tradujo hace pocos años.

damental entre los pronombres de primera y segunda persona en relación con los de tercera: estos últimos marcan la *no-persona*, en tanto que los dos primeros marcan personas; entre *yo* y *tú* hay una "correlación de subjetividad" (p. 168) de la que no forman parte *él*, *ella*; lo que relaciona la "tercera persona" con las dos primeras es una "correlación de personalidad" (p. 167)⁸; y *b*) que "una lengua sin expresión de la persona no se concibe" (p. 182)⁹.

Benveniste documenta la primera idea con una pléto-ra de datos provenientes de muy diversas lenguas del mundo: lenguas semíticas, coreano, turco, georgiano, ab-jaz, cherqués, finougrio, dravidiano, esquimal, etc. No siempre hay pronombres personales independientes, por lo que la mayor parte de sus consideraciones se basan en pronombres clíticos ligados al verbo. Lo que resulta de importancia crucial para la comparación de las ideas de Benveniste con las de Bühler es que, a pesar de los conocimientos de Benveniste sobre el indoeuropeo, no note la precedencia de los locativos sobre los personales, como lo afirman Brüggmann y Delbrück. ¿Fue un error de interpretación de los Jóvenes gramáticos, que Bühler acarrea, o Benveniste se ciega por su afirmación de que no es concebible una lengua sin pronombres personales? No tengo datos para responder a esta pregunta, pero ciertamente que su solución es una condición *sine qua non* para dar validez a la afirmación de Bühler en cuanto a la precedencia histórica de los loca-

⁸ Hoy en día, que se ha dejado de leer a los estructuralistas, puede causar extrañeza situar la tercera persona en la correlación de personalidad y afirmar a la vez que marca la *no-persona*. Hay que recordar que parte central del método estructuralista consiste en explicitar lo que forma las bases de una comparación binaria. Al oponer primera y segunda persona con la tercera, su base de comparación es la marca de persona; de ahí que Benveniste nombre así la correlación entre ellas.

⁹ También: "Puede concluirse que la categoría de la persona pertenece por cierto a las nociones fundamentales y necesarias del verbo" (p. 163).

tivos sobre los personales y a las que siguen. En cuanto al fenómeno del latín y el español, la explicación general de Benveniste lo vuelve congruente: si la tercera es la no-persona, no es de extrañar que no haya habido un pronombre personal para ella en latín. ¿Por qué apareció en español —y en otras lenguas indoeuropeas— un pronombre de tercera persona? Benveniste lo responde: “La tercera persona ha sido conformada a las dos primeras, por razones de simetría y porque toda forma verbal indoeuropea tiende a poner de realce el índice de sujeto, único que puede manifestar. Tenemos aquí una regularidad de carácter extremo y excepcional” (p. 166).

Esta breve revisión de la teoría de Bühler del campo mostrativo en contraste con las explicaciones de Benveniste acerca de la deixis personal me permite ensayar dos hipótesis iniciales para una teoría pragmática y cognoscitiva de la significación, considerada como el fenómeno primario de nuestra capacidad de expresarnos verbalmente.

La primera hipótesis va orientada a la fundamentación pragmática de la significación¹⁰. Si la inspección fenomenológica del lenguaje que hizo Bühler lo condujo a afirmar que toda lengua está constituida por dos campos, uno mostrativo y otro simbólico, me parece que vale la pena revisar ahora la relación entre esos dos campos, a propósito de la cual el libro de Bühler no contiene indicación expresa, aunque se pueda interpretar en favor de mi hipótesis la cita de su página 140.

¹⁰ A diferencia de la visión estructuralista, que distingue cuidadosamente la lengua del habla, y conserva de la lengua su carácter estrictamente sincrónico y sistemático, mientras que atribuye al habla la acción y el discurso, la visión pragmática antepone la acción misma, o el discurso, si se quiere ver la acción en su resultado, a la sistematicidad y a la sincronía, que son elecciones epistemológicas del estructuralismo (saussureano y también chomskyano) definidas por el primado del método y la forma.

El campo mostrativo no es un campo preexistente a la acción verbal; no es el campo tridimensional de nuestra realidad euclidiana, que antecede siempre a toda acción humana, sino que es creación de la propia acción verbal. Cuando se produce una acción verbal es la presencia del emisor, con su voz y su fisonomía, la que establece la primera orientación de la acción. Es, como han señalado varios tratadistas de la deixis, el punto de origen, el lugar cero de las coordenadas deícticas de la acción verbal. Dice Bühler (II, § p. 6, p. 144): "son los gestos y datos sensibles psicológicamente equivalentes los que hacen posible [la] comprensión del habla, partiendo de las circunstancias de la situación". Es decir que a la expresión verbal preceden, lógicamente, el gesto y los atributos de la voz. Hay, por lo tanto una localización intrínseca en el origen de la acción verbal, que sólo para el receptor se convierte en mostración. Esa mostración puede partir de un *aquí*, situado por la procedencia de la voz del enunciador; puede partir también de un *yo*, lo que indica más que la simple mostración y hace intervenir explícitamente al sujeto de la enunciación; puede también partir de un *ahora*. Las coordenadas quedan así establecidas. Desde ellas se señala un lugar donde se sitúa el interlocutor (*aquí* o *allí*), donde se sitúa una acción o un acontecimiento (*aquí*, *allí*, *allá*, o en el pasado, contemporáneamente a la acción verbal o en el futuro), o donde se sitúa una cosa. La acción verbal se instituye, en consecuencia, en el campo mostrativo, en relación con el cual se produce la significación o la referencia a acciones, a objetos, a relaciones; el campo mostrativo es por eso la primera determinación de la significación; crea, por así decirlo, un *espacio de la significación*. La consecuencia que se puede sacar de la teoría de los dos campos de Bühler es que el campo mostrativo precede y establece las condiciones de posibilidad del campo simbólico. No se trata, entonces, de un valor teórico equivalente entre los campos mostrativo y simbólico; el

campo mostrativo precede y funda al campo simbólico; la acción verbal delimita las posibilidades de la referencia.

La *demonstratio ad oculos*, primer modo de la deixis según Bühler, es por ello constitutiva del resto de la significación. Cuando se produce la mostración temporal, en un antes o un después de la acción verbal, se añade la dimensión del tiempo al campo de la significación, y lo mismo irá sucediendo cuando se suma la mostración anafórica, que toma por objeto la línea temporal del discurso o la línea espacial del texto, y cuando se suma el resto de las posibilidades de mostración que Bühler engloba en la deixis en fantasma. El campo mostrativo va conformando de esa manera un espacio de n dimensiones, en cuyo interior se produce la significación. Cuando digo "espacio de n dimensiones" no lo digo metafóricamente; la topología enseña que cada magnitud identificable en un fenómeno da lugar a una dimensión, calculable matemáticamente. Haría falta, sin embargo, definir qué clase de magnitudes son las del campo de la significación.

Pero más que apresurar una matematización del espacio significativo, lo que interesa aquí es reconocer que tal espacio no es el espacio euclidiano; es decir, no es un espacio tridimensional, como lo podemos imaginar a partir de la deixis locativa. El espacio de la significación es un espacio verbal, construido por el discurso, que también puede, por supuesto, manifestar un espacio euclidiano¹¹.

De acuerdo con Bühler, es posible que la indicación del emisor por medio del gesto, la presencia y las cualidades de la voz basten para localizarlo, sin necesidad de signos que lo señalen explícitamente; debiera ser posible, en consecuencia, que hubiera lenguas sin mostrati-

¹¹ Véanse al respecto las explicaciones de Jean Piaget y Bärbel Inhelder sobre la formación del espacio euclidiano en el niño pequeño, en su libro *La représentation de l'espace chez l'enfant*, Paris, Presses Universitaires de France, 1947.

vos del emisor y, en consecuencia, sin signo de la persona; posiblemente no sea así para el caso de la segunda persona, a la que define necesariamente el enunciador: la segunda persona es la que lo escucha, por lo que quizá también deba revisarse la correlación de subjetividad de Benveniste y considerar a la segunda persona como término marcado.

Benveniste (p. 166) insiste en distinguir persona y sujeto en relación con el verbo —y con la acción verbal, yo añadiría—: “Topamos aquí con la cuestión de los impersonales, viejo problema y debate estéril en tanto se persiste en confundir ‘persona’ y ‘sujeto’. En *vet, tonat, it rains*, es por cierto como no-personal como es narrado el proceso, en tanto que puro *fenómeno*, cuya producción no es referida a un agente [...]”. Por lo mismo, agrego yo, es pensable la significación del sujeto sin manifestación de la persona. Así se podría aceptar la afirmación de Bühler de que en las lenguas indoeuropeas la deixis locativa dio lugar a la deixis personal.

Mi segunda hipótesis va orientada a la fundamentación cognoscitiva de la significación. Si hemos de tomar en serio los estudios de adquisición de la lengua materna y los estudios psicológicos experimentales acerca de la manera en que el ser humano conoce el mundo real, se apropia de su experiencia de la vida y construye su lenguaje, es necesario tender los puentes entre la lingüística y la psicología sobre la base de un empirismo sólido y crítico que elimine la especulación y la trivialidad con que hoy en día se suelen tratar los procesos del conocimiento.

En esa dirección, se puede proponer que el campo mostrativo se *construye* a partir de procesos perceptuales y de inteligencia que deben rastrearse desde los primeros momentos de la vida extrauterina de cada ser humano. Si el campo mostrativo tiene una base perceptual y cognoscitiva, el campo de la significación puede relacionarse sistemáticamente con las características biológicas de la especie humana.

Para sustanciar la hipótesis hay que contestar las siguientes preguntas: ¿Qué aportan los sentidos a la construcción del campo mostrativo? ¿Cuáles son los datos experimentales y observacionales que demuestran la existencia de procesos cognoscitivos de construcción del campo mostrativo y que establecen las condiciones de posibilidad de los procesos significativos? ¿Cómo hay que situar el entorno verbal en que nace y crece el ser humano en relación con la construcción del campo mostrativo?

No podré responder estas preguntas en este artículo. Sin embargo, quisiera enunciar algunas observaciones al respecto que permitan comprender por qué esas preguntas son importantes para poder fundamentar la significación en la cognición.

Desde los primeros momentos de la vida extrauterina, el ser humano comienza a relacionarse con el ambiente que lo rodea. Podemos dividir, sólo con fines reflexivos, los sentidos en dos grupos: *sentidos de recepción* y *sentidos de prospección*. Llamo *sentidos de recepción* a aquellos que informan al ser humano del entorno inmediato en que vive: el tacto, el olfato y el gusto. Mediante la combinación de los tres, el ser humano se forma la primera noción de su situación en el mundo. Piaget¹² observa a propósito del tacto: "A partir del segundo mes, el niño se chupará sistemáticamente el pulgar (con coordinación adquirida y no por casualidad) y hacia los cinco, se llevará a la boca con las manos todos los objetos y acabará sirviéndose de tales conductos para *reconocer los cuerpos*, e incluso para constituir la *primera forma del espacio* (el espacio bucal de Stern)". No parece haber observaciones sistemáticas sobre el funcionamiento del olfato y el gusto, en mucho —creo yo— por tratarse de sentidos que no dan lugar a manifestaciones fácilmente observables. Sin embargo, todos los psicólogos que estudian al niño recién nacido están dispuestos a reconocer

¹² En *El nacimiento de la inteligencia en el niño*, Madrid, Aguilar, 1969, I, p. 28 (la primera edición en francés es de 1947).

que olfato y gusto contribuyen al reconocimiento de los objetos que entran en relación con el niño. Pero los tres sentidos contribuyen a que el ser humano comience a distinguir los límites de su propio cuerpo en relación con el mundo físico que lo rodea (los otros cuerpos). El espacio, entonces, se convierte en una de las primeras experiencias del ser humano, y en este espacio comienza a producirse ya una distinción del ser humano como receptor, primero, del mundo físico y, más tarde, como actor en ese mundo.

Los sentidos del oído y de la vista son sentidos prospectivos: permiten al ser humano situar objetos del mundo físico que están alejados de él, y comenzar a dirigirse a ellos: primero con el oído, cuando escucha un ruido, o con la vista, cuando enfoca un objeto, o el objeto que produjo el ruido. La *demonstratio ad oculos* aparece cinco o seis meses después del nacimiento del niño, una vez que ha llegado al tercer y cuarto estadios de la formación de su inteligencia, según Piaget. Y cuando aparece, lo hace primero, como insiste Bühler en señalarlo, con el dedo índice, con la posición de la cabeza y con la mirada. La teoría del campo mostrativo, en consecuencia, no es una abstracción arbitraria (aunque adecuada) de la lingüística, ni una explicación de valor histórico para muchas lenguas, como las que provienen del indoeuropeo, sino una explicación coherente de los fenómenos de significación que se producen durante la formación de la inteligencia de cada ser humano. Siendo así, se puede proponer que se ha tendido un puente entre los conocimientos sólidos de la lingüística a propósito de los fenómenos de la deixis y los conocimientos sólidos, empíricos, de la psicología experimental a propósito de la manera en que el ser humano se sitúa en el espacio y sitúa posteriormente su lenguaje.

Ya la obra total de Jean Piaget nos pone en disposición de una teoría completa de la formación de la inteligencia, de una periodización específica de los diversos

momentos de la construcción de esquemas cognoscitivos, y de puntos de anclaje suficientes para explicar las observaciones que hacen los estudiosos de la adquisición de la lengua materna. Estamos, por consiguiente, en posibilidad de intentar una teoría de la significación que resuelva las hasta ahora poco fructíferas relaciones entre la lingüística empírica y la psicología experimental, y oriente los estudios de adquisición de la lengua materna hacia resultados empíricos fértiles, ya no más amarrados a esa pertinaz repetición del círculo colonial de los "modelos" especulativos, a la manera de Chomsky y Langacker, y a su "aplicación" forzada a los datos.

LUIS FERNANDO LARA

El Colegio de México.